

Leer hoy: entre Gutenberg y Sony

Jesús R. Anaya Rosique*



Promoción de la lectura, formación de lectores y fomento del libro son estrategias actuales de política cultural sustentadas en un marco teórico cuyas coordenadas generales se describen aquí.

La investigación en torno a la historia del libro, y en particular las aportaciones de la sociohistoria de la lectura, revelan que existe una relación triangular, una imbricación recíproca y cambiante entre texto, "soportes" y "maneras" de leer.

La interrelación histórica entre estos tres elementos permite entender mejor la ubicación del libro impreso en los nuevos sistemas o cadenas de información "multimediales" que caracterizan a la cultura contemporánea y que, sobre todo desde los provocadores planteamientos de McLuhan hace ya 30 años, señalan, si no un apagamiento de la galaxia Gutenberg sí su desplazamiento hacia la nueva constelación de los medios electrónicos, y, en consecuencia, exigen entender también los cambios que a partir de la aparición de nuevos "soportes" experimentan la creación de textos, las maneras de leer y las generaciones actuales de lectores en formación.

Y en esta rutilante constelación empieza a brillar una estrella naciente, continuación del libro impreso por otros medios: el *libro electrónico*, invención japonesa que transformará por completo nuestra cultura al despuntar el tercer milenio.

Esto sucede en medio de grandes transformaciones en el mundo editorial, sacudido por las innovaciones tecnológicas que determinan nuevos itinerarios industriales y por la integración de grandes consorcios multinacionales en este sector que proponen nuevos destinos para el "producto libro" (hasta el "no libro").

Las mutaciones del libro y de la lectura

I

Existe un campo de investigación multidisciplinaria que en las últimas décadas -principalmente en Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos- se ha desarrollado hasta configurar una nueva área del conocimiento: la historia socioeconómica de la "cultura del libro", que intenta dilucidar cómo se han transmitido las ideas a través de las palabras impresas y en qué forma la "exposición" a éstas ha influido en el pensamiento y el comportamiento de la humanidad en los 500 años que se cuentan a partir de la invención de la prensa de tipos móviles.

Surge esta parcela del conocimiento histórico gracias a la convergencia de varias disciplinas alrededor de un conjunto de problemas que tienen que ver con el proceso de la comunicación social. Con esta finalidad se entrecruzan historiadores, sociólogos, teóricos de la literatura, bibliotecólogos y todos aquellos estudiosos que conceptúan al libro como una potencia en la historia.¹

Robert Darnton afirma que por su verdadera naturaleza, la historia de los libros "debe ser internacional en escala e interdisciplinaria como método. [...] los libros no sólo recolectan historia: la hacen."² Así, el historiador de los libros se adentra también en la historia de las bibliotecas, del papel y la tipografía, de la industria y el comercio editoriales, de la lectura.

Se ha propuesto un modelo general para analizar las vías mediante las cuales los libros surgen y se diseminan en la sociedad. Aunque las condiciones concretas varían según el lugar y el periodo, los libros impresos atraviesan un mismo ciclo vital, un circuito de comunicación que va del autor al lector y que tiene como principales estaciones intermedias a editores, impresores, libreros y bibliotecarios (quienes sintetizan a su vez una multiplicidad de oficios y funciones editoriales).

* Director del Centro Internacional de Estudios para Editores y Libreros de la Universidad de Guadalajara.

El lector completa este circuito de interacción pues influye sobre el autor *antes* y *después* del acto de escritura. Los autores son ellos mismos lectores (o "relectores", como apuntaba Vladimir Nabokov).

Este circuito es un verdadero proceso de transmisión del conocimiento que encierra un ciclo completo: la creación intelectual, fijada por la escritura y transformada en texto impreso que por medio de la apropiación lectora vuelve a ser idea...

El circuito interactivo en donde se sitúa el libro es el mismo, con las variantes del caso, por el cual transcurren todas las comunicaciones. Colocar al libro impreso en este contexto aclara su naturaleza y permite estudiarlo en relación con las tecnologías de la comunicación que lo precedieron, con las que coexiste e incluso con las que intentan desplazarlo.³

II

A pesar de la profusión de investigaciones, la lectura y el estudio de los lectores continúan siendo un enigma en el ciclo vital del libro. ¿Cómo extraen los lectores significados de las páginas impresas? ¿Cuáles son los efectos sociales de esta experiencia individual a través del tiempo?

La lectura se ha convertido en una preocupación relevante para distintos estudiosos: por ejemplo, para los teóricos de la crítica textual o de la estética de la recepción, cuando definen a la literatura como "la construcción de significado dentro de un sistema de comunicación."⁴

El propio lector ha ido cambiando en la historia. Ha leído en voz alta y en grupos o en silencio y solo, con una pasión e intensidad enormes y acosado muchas veces por los poderes dominantes. La historia de la lectura tiene que considerar también las formas en que el texto "construye" a los lectores, al igual que las libertades que se toma un lector con su práctica. Se trata aquí de una tensión central en toda historia de la lectura: de un lado, la lectura como práctica creadora, productora de significados que escapan a las intenciones primarias de los autores o de los fabricantes de libros: la lectura como "cacería furtiva"; del otro, el lector "imaginado" por autores, críticos literarios, editores o pedagogos, un ser encadenado a un sentido unívoco, a una comprensión "correcta", a una lectura "autorizada"; en otros términos, a una normativa del placer.

Acercarse a la historia de la lectura es, por lo tanto, considerar juntas la libertad irreductible de los lectores y las presiones que pretenden ahorrarla. Dos perspectivas históricas combinadas: el estudio de la *forma* en que los textos y los impresos que los contienen organizan una lectura "adecua-

da", y la investigación de las "maneras" en que los lectores se "apropian" de los textos impresos.

La tensión entre estas dos tendencias ha existido dondequiera que los hombres se compenetraron con los libros y ha originado extraordinarios resultados: por ejemplo, la lectura que hizo Lutero de los Salmos (o en nuestra historia nacional, la que hicieron los insurgentes de los textos de la Ilustración).

Pero si ha sido posible reconstruir las grandes relecturas del pasado, la experiencia de los lectores comunes se nos sigue escapando. Algo se ha logrado en cambio respecto al estudio del contexto social de la lectura. Se reconocen periodos de verdaderas "revoluciones de la lectura" y, por ejemplo, el paso de la lectura intensiva (pocos libros) a la lectura extensiva coincide con una desacralización de la palabra impresa.

III

Se han estudiado también las diferencias entre texto e impreso, entre el trabajo de la escritura y la edición del libro: en otras palabras, la historia de las formas editoriales que adopta un texto. Contra la representación -elaborada por la propia literatura- del texto "ideal", separado de toda materialidad, es necesario recordar que éste no existe fuera del soporte que permite leerlo, que no hay comprensión de un escrito (cualquiera que sea) que no dependa de las formas a través de las cuales llega a su lector. De ahí dos clases de dispositivos: las estrategias de escritura y el trabajo editorial. La separación entre ambos es el espacio en donde se construye el significado.

El proceso mediante el cual las obras adquieren significación necesita enlazar tres polos: el texto, el objeto físico que lo contiene (el libro impreso, por ejemplo) y la práctica cultural específica que se apodera de él (la lectura).⁵ De las variaciones que experimenta esta relación triangular dependen los cambios de significado. Derrida llega a afirmar que "[...] Si distinguimos el texto del libro, diremos que la destrucción del libro, tal como se anuncia actualmente en todos los dominios, descubre la superficie del texto."⁶

Las formas de "clasificar" y designar el género de un texto propician expectativas diferentes de lectura, verdaderas "anticipaciones de comprensión". Lo mismo los indicadores formales o materiales: formato e imagen. "Del folio a los formatos pequeños, existe una jerarquía que liga el formato del libro, el género del texto, el momento y el modo de lectura."⁷ Tal jerarquía proviene directamente del mundo medieval, alrededor de las primeras



universidades, cuando los libros se copiaban a mano y ya se distinguía entre los libros de banco (que por su tamaño debían posarse para su lectura: las obras académicas y de consulta), los libros humanistas (más manejables y que comprendían los clásicos y las novedades), y el *libellus*, el libro portable, de bolsillo y cabecera, de múltiples usos y numerosos lectores.

La imagen en el frontispicio, en la página de título, al inicio o al final de un texto, lo clasifica, sugiere un acercamiento lector, construye un significado determinado, es un protocolo de lectura, un índice identificador.

Existe por lo tanto una historia de los géneros tipográficos, de las leyes de la producción editorial que rigen cada clase o serie de textos convertidos en libros impresos.

El estudio de las prácticas de impresión entre los siglos XV y XIX demuestra que éstas fijan y conducen la palabra, cimentan las sociabilidades y prescriben comportamientos; atraviesan el espacio privado tanto como la plaza pública, llevan a crear, a imaginar, a hacer; en consecuencia, transforman la cultura por entero, mezclándose con las formas tradicionales de comunicación e instaurando nuevas diferencias.

El perfeccionamiento contemporáneo de las técnicas de impresión ha desequilibrado los fundamentos de la manera de leer inaugurada con la invención de Gutenberg. Durante más de 400 años la lectura de las "formas" del texto impreso no era enseñada, salvo a los impresores, porque aparentemente tenía poca relevancia para el mensaje. Las cosas no están hoy del mismo modo; basta leer el encabezado de un diario o la portada de una revista.

La época del *offset* ha dado origen a la función del diseñador gráfico, que trabaja no con el código de la escritura sino con sus formas. Se ha vuelto posible "la ósmosis entre texto e imagen que confiere otras dimensiones a la lectura."⁸

Se difunde ahora por todas partes un nuevo lenguaje, dada la disponibilidad generalizada de las herramientas de publicación controladas por la computadora personal -que integra la posibilidad de elegir diversos caracteres y recursos gráficos y la formación de páginas-. Hoy en día, la escritura "habla", a veces hasta canta, y "nos circunda una orgía de alfabetos expresivos: anuncios, señales, etiquetas, publicidad, empaques, marcas y logotipos son ahora nuestro paisaje cotidiano, nuestra lectura más común [e inadvertida]."⁹

Las escrituras occidentales, que hasta ahora han dominado en la tecnología de la impresión, serán inferiores a los sistemas ideográficos más complejos, que se adaptaron bastante mal a la galaxia Gutenberg (al grado que para su reproducción impresa la escritura china y la japonesa tuvieron que latinizarse). Se entiende por qué los japoneses se han vuelto maestros en la reproducción basada en procedimientos fotográficos y numéricos: cualquier proceso que trata el texto como una figura conviene a las escrituras pictográficas y restituye su riqueza a lo que era considerado una desventaja. Por el contrario, nuestros alfabetos resultan míseros respecto a las posibilidades técnicas actuales de reproducción.

IV

Se debe considerar además que la lectura no es solamente el momento en que se efectúa sino un conjunto de prácticas: "todo lo que la condiciona, prepara y conduce, la extiende o anula, no es marginal a la lectura sino que le es radicalmente constitutivo, intrínseco."¹⁰

El acto de leer implica igualmente las representaciones que cada individuo o una sociedad dada derivan de la lectura (y de las lecturas). Así se pueden describir las preferencias sociales por determinados libros o géneros.

Podría decirse, por lo tanto, que no existe *la lectura*: existen lecturas, encuentros siempre inestables y siempre diferentes entre textos, lectores y situaciones de lectura.

Leer no es simplemente escoger un libro. Es, a lo largo del proceso de lectura, "elegir referencias, modelos, olvidos, expectativas, en una palabra es construir una lectura y esto resulta tan evidente que lo que interesa al lector es menos el propio texto que la lectura que hace de él."¹¹

La lectura no es más que el acto último (el principal) de una serie de "manipulaciones" en apariencia espontáneas y coyunturales que ponen un libro en manos de su lector. ¿Cómo fue seleccionado ese libro y no otro? ¿Dónde y cómo fue adquirido? ¿Quiénes y cuántos lo han leído? ¿Qué clase de relación social se pone en marcha? (Estamos en plena teoría de la recepción literaria). La lectura concebida, pues, como una práctica cultural histórica, como un conjunto de "maneras" de leer en constante cambio.

No podemos olvidar que existe una idea de solidaridad histórica entre el desarrollo de la imprenta, las nuevas prácticas de lectura posibles gracias a la multiplicación de los libros y las nuevas formas de pensamiento. "Al instituir una relación personal (una lectura individual y propia) con la Biblia, Lutero volvió necesario lo que Gutenberg había hecho posible. [En adelante] ya no se aprenderá a leer escuchando, sino únicamente leyendo."¹²

La multiplicación de los textos impresos sirve para la difusión de la Reforma protestante y ambas contribuyen al nacimiento del hombre moderno, del ciudadano.

La invención de Gutenberg, considerada en su momento como el "arte de escribir artificialmente" (*ars scribendi artificialiter*),¹³ viene interpretada como el comienzo de los tiempos modernos.

El libro impreso es uno de esos hitos históricos que marcan un antes y un después. No es sólo un episodio en la historia del progreso humano; se le define como el punto de partida del progreso y la forma de medirlo. De la misma manera, la capacidad inherente al libro, el alfabetismo, la capacidad de leer un texto impreso, es una frontera entre sociedades primitivas y modernas.

Es más, el libro, que Paul Virilio llama "la artillería del pensamiento",¹⁴ señala la diferencia entre naturaleza y cultura (pues si hablar es parte de nuestra herencia biológica, escribir, imprimir y leer son parte de nuestras invenciones culturales).



V

El libro se inscribe en la historia de la libertad. La aparición del libro impreso destruyó el monopolio del conocimiento que ejercían la iglesia y la corona, y dio origen a un crecimiento sin precedentes de la libertad individual, propiciando nuevas formas de relaciones sociales y de comportamientos privados (el surgimiento de la opinión pública y de la vida burguesa, entre otras) y hasta nuevos géneros literarios (por ejemplo, la novela, que Hegel definía como la "épica de la clase media").

Al mismo tiempo descubrimos hoy que en la historia el libro impreso es sólo uno más de los vehículos de la cultura: fue precedido por otros y comienza a dar paso a nuevas formas. Tecnología e historia están desplazando una cierta imagen mítica del libro.

Por primera vez en 500 años, el libro impreso -al menos como lo hemos conocido hasta hoy- parece volverse menos "importante", un artefacto (o soporte) más efímero en nuestra vida social. En Brasil, por ejemplo, ya hay más aparatos de televisión que alfabetizados. Se pregunta un estudioso francés: "¿Una cultura entera podrá pasar a un lado de la escritura, rozándola en sus estratos superiores

y trasladándose de manera natural para la mayoría de la población de la oralidad al audiovisual?"¹⁵

Es comprobable que el libro impreso ya no es el único objeto de lectura. Ha sido desplazado como el principal medio en donde ocurren las transacciones centrales de la vida contemporánea. Si bien en las metrópolis los libros juegan todavía un papel vital en la cultura, participar en política, cultura, trabajo y vida social comienza ya a no estar mediado solamente por el libro impreso, por la lectura de textos impresos, sino también por un conjunto de otros artefactos audiovisuales y electrónicos, por otras "maneras" de leer. Conceptos como cultura visual y cultura informática son seguramente nociones de algo aún desconocido, y revelan que está en curso una reestructuración de capacidades y una revaloración de diversos artefactos.

Los libros tienen que ser estudiados, hoy más que nunca, dentro de los medios de comunicación y en relación de coexistencia con ellos, sobre todo por el impacto de los revolucionarios desarrollos de la edición electrónica. Aunque, recuerda Umberto Eco, "no se puede aprender a usar una computadora sino se sabe utilizar un libro [...] La computadora es el triunfo del escrito, el reino de la civilización del alfabeto."¹⁶

Ante ciertas realidades presentes en el desarrollo tecnológico del mundo editorial y en la situación social de la lectura, se insiste en la "muerte del libro" y en su remplazo virtual por los medios electrónicos.

Más que encerrarnos en el callejón sin salida de una polémica que tiene ya por lo menos 30 años (desde MacLuhan), y que parece una indefendible guerra de posiciones (de un lado los frenéticos del progreso que pronostican el fin fatal de la cultura del libro impreso, y enfrente los ingenuos paladines de las bondades del papel impreso), lo que subyace y queda oscurecido por la retórica es la necesidad de una reflexión crítica sobre los profundos cambios culturales en curso y sus consecuencias.

En el futuro, quizás este fin de siglo será visto como hemos entendido al siglo XV: un periodo de cambios revolucionarios y una fase de transición entre dos épocas históricas, como la preparación de una nueva aurora cultural semejante al Renacimiento.

El debate abierto sobre la lectura es en gran parte un análisis crítico en torno al destino del libro. Es evidente que el libro impreso no es ya el único soporte de la lectura, a la vez que persiste un soterrado temor a "degradar" la lectura.

Debajo de muchas reticencias defensivas a aceptar la formidable transformación cultural que esta-

mos viviendo, permanece el miedo a comprobar que una práctica social, la lectura, pierda su carácter "sagrado" cuando se "contamina" con otras. Desde luego todo esto tiene que ver con una cuestión esencial que escapa a este texto, con un debate más amplio y en carne viva sobre la "oposición" entre cultura popular y cultura letrada (o de élite). ♦

(Continuará en el próximo número:
"El desafío del libro electrónico").

Notas

1. Cfr., por ejemplo: Roger Chartier, "Livre", en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (eds.), *La nouvelle histoire*, CEPL-Retz, París 1978, pp. 313-315.
2. R. Darnton, "What Is the History of Books?", en *Daedalus*, vol. III, núm. 3, pp. 81 y 67, verano de 1982. En la vasta bibliografía existente (y escasamente traducida al español) destacan algunos estudios clásicos, entre otros: L. Febvre y H.-J. Martin, *L'apparition du livre*, Albin Michel, París 1958 y 1971; R. Darnton, *The Business of Enlightenment. A Publishing History of the Encyclopedie (1775-1800)*, Belknap Press y Harvard University Press, Cambridge 1979; R. Chartier (ed.), *Les usages de l'imprimé (XV-XIX siècle)*, Fayard, París 1987.
3. James W. Carey, "The Paradox of the Book", en *Library Trends*, otoño de 1984, p. 112.
4. Darnton. "What Is the History of Books", *Op cit.*, pp. 78 y 83; también: Jean-Francois Barbier-Bouvet, "La fin et les moyens: méthodologies des enquêtes sur la lecture", en M. Poulain (ed.), *Pour une sociologie de la lecture. Lectures et lecteurs dans la France contemporaine*, Editions du Cercle de la Librairie, París, 1988, pp. 216 y 236 (en adelante citado como Poulain 1988).
5. R. Chartier. "Textes, imprimés, lectures", en Poulain, *Op cit.*, pp. 16-17.
6. Jacques Derrida. *Gramatología*, Siglo XXI, México, 1971, p. 25.
7. Chartier. "Textes, imprimés, lectures", *Op cit.*, p. 21.
8. Michel Melot, "Siamo tutti analfabeti, ovvero il futuro della lettura", en *Biblioteqch oggi*, vol. IX, núm. 4, julio-agosto de 1991, p. 413.
9. *Ibidem*.
10. Martine Poulain. "Avant-propos", en M. Poulain, *Op cit.*, p. 8.
11. Jacques Leenhardt, "Les effets esthétiques de l'ouvre littéraire: un probleme sociologique", en M. Poulain, *Op cit.*, p. 60.
12. Danielle y Francis Marcoin. "Le partage de la lecture", en M. Poulain, *Op cit.*, p. 88.
13. Henri-Jean Martin. "La imprenta. Orígenes y consecuencias de un descubrimiento", en Centro Internacional de Síntesis (eds.), *La escritura y la psicología de los pueblos*, Siglo XXI, México, 1968, p. 288, y en el formidable libro de Febvre-Martin citado en la nota 2.
14. P. Virilio. *La máquina de visión*, Cátedra, Madrid, 1989, p. 15.
15. Michel Melot. *Op cit.*, p. 412.
16. Umberto Eco. "Riflessioni sulla carta stampata", en *UEM* (Boletín de la Scuola per Librai Umberto e Elisabetta Mauri), núm. 4, 1989, p. 3.